

DE LA MIRADA Y LA SEDUCCIÓN

THE LOOK AND THE SEDUCTION

Carolina Serrano Barquín*
Francisco Salmerón Sánchez
Sonia Rocha Reza
Luis Villegas López

Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca-México

Recibido 2 de mayo 2011/Received May 2, 2011
Aceptado 10 de agosto 2011/Accepted August 10, 2011

RESUMEN

A modo de preámbulo, consideramos importante mencionar que el presente ensayo pretende entrelazar los conceptos mirada y seducción desde distintas ópticas. Se plantean someramente algunas ideas desde la filosofía hasta el psicoanálisis. Se inicia con una “mirada” a las construcciones literarias de creadores de gran importancia, tales como Jean Braudrillard y Georges Bataille, en quienes se estudia la idea del ojo perverso, de la mirada y el deseo, subjetividad que nos atrapa. Se ambiciona articular con teorizaciones psicoanalíticas de lo inconsciente, abundando en investigaciones freudianas y de otros teóricos del psicoanálisis para analizar e interpretar sus “seductoras” aportaciones.

Palabras Clave: Psicoanálisis, Literatura, Mirada, Seducción.

ABSTRACT

By way of preamble, we consider important to mention that this essay intends to link the concepts of look and seduction from different angles. Some ideas are raised from philosophy to psychoanalysis. The article starts with a “look” to the creators of literary constructions of great importance such as Jean Braudrillard and Georges Bataille, in order to study the idea of the evil eye, the gaze and desire, the subjectivity that catch us. The article aspires to articulate psychoanalytic theories of the unconscious, abounding in Freudian investigations and other theorists of psychoanalysis to analyze and interpret “seductive” contributions.

Key Words: *Psychoanalysis, Literature, Look, Seduction.*

* Facultad de Ciencias de la Conducta. Universidad Autónoma del Estado de México. Filiberto Gómez s/n, Col Guadalupe (Km. 1.5 Carretera Toluca-Naucaupan). C.P. 50010. Toluca. México. E-mail: carolinasb@hotmail.com

LA MIRADA, EVOCACIÓN DE DESEO

Y “tú, cuya mirada me crea eternamente”, sopórtame
Jean Paul Sartre

La mirada es la metáfora que simboliza la experiencia de vida, es productora de signos, de significados y significantes. La metáfora es el vehículo que nos permite hacer comprensible aquello que aparece confuso y además nos permite ser comprensibles y apetecibles a los demás. La mirada permite enamorarse de este juego de signos, lo que apasiona es seducir a los mismos signos, encontrar la fuerza del significante insignificante, o, el mito del significado. La mirada busca un cuerpo donde posarse, de la evanescente fijeza de una mirada, la significativa aunque mínima alteración de las pupilas que traslucen su deseo. El cuerpo receptivo, propenso a la excitación, donde los instintos y las pulsiones se materializan en los actos expresivos al filo de la conciencia. Actos expresivos, signos ocultos que requieren metaforizarse, aunque la metáfora como el mito, maten. La mirada cobra una fuerza inusitada, ya que en la complicidad seductor-seducido existe la ensoñación de un destino incierto; lugar o momento que se sueña despierto, de una relación irreal, llena de riesgo, curiosidad, de atrevimiento y también de miedo a lo desconocido. La mirada no es un viaje por el nervio óptico, es entrar en el laberinto del Minotauro, es un enfrentamiento con el monstruoso deseo, viaje de donde nadie ha vuelto y sin salidas de emergencia.

Desde tiempos ancestrales, la búsqueda constante por el efecto paradigmático que causan las imágenes y los efectos que ellas producen en la receptividad, percepción y sensación de lo imaginativamente irreal, ha estado presente, ya que la mirada:

Cristaliza discursos, símbolos, concepciones e ideas; por esta causa existe la certeza de que ella nunca es absolutamente transparente ni refleja de manera objetiva lo que sucede ante los ojos del espectador. El observante siempre porta lentes que lo obligan a decir que el mundo es de tal o cual manera: la objetividad frente al otro es un sueño nunca alcanzado (Trueba, 2008, p. 16).

La imagen cautiva, seduce, ofrece sensaciones que difícilmente se pueden expresar verbalmente, provocadoras al pensamiento. Por tal, la seducción es un elemento más del proceso comunicativo. Para Döring (2004), la seducción tiene gran relevancia en la vida del individuo ya que es definitiva. Un hecho es tan determinante como la carga afectiva que se le otorga. Esto domina sobre la realidad o fantasía del hecho mismo. Será un intercambio de deseos fantasiosos.

Cuando se mira, se observa la imagen o representación de ese objeto, puede ser la imagen del sujeto o cosa vista y se da paso a la imaginación. Según Sanabria (2008):

No sólo habría algo que es objeto de la mirada (voyeur) y algo que tiene la voluntad de ofrecerse (exhibición); habría también un grado o tipo de imagen donde ésta tiene la particularidad de demandar una mirada intensa, lo cual dota al objeto observado de una nueva valoración (Sanabria, 2008, p. 165).

Cabe entonces cuestionarse si la imagen es deseo o es el deseo de imaginar lo prohibido, lo inalcanzable.

El ser humano siempre insatisfecho por mirar, por desear, con mayor o menor grado perturbado, siempre dominado por una atracción óptica que puede llegar hasta la condición absoluta de la visión como un tacto a distancia. “Pero al mismo tiempo hay un choque con sus posibilidades reales; la posesión como una ilusión virtual destinada a no cumplirse nunca” (p. 168)¹, ligada indisolublemente a un complejo desarrollo de su aparato psíquico.

La mirada es la experiencia fundamental de la comunicación, es conocimiento del otro, del otro como sujeto, es la presencia de la otra subjetividad en nuestras vidas. El que nos mira (la otra subjetividad, la otra conciencia) le podemos temer porque se puede enfrentar a nuestra libertad, es un ser que nos valora y pone en cuestión lo que somos, lo que queremos, nuestro ser. Sartre (1998) al narrar una escena donde miramos por el ojo de la cerradura, espiamos; nuestra conciencia atiende a lo que ocurre en la habitación, está dirigida a las cosas, no atendemos a nosotros mismos, pero, de repente, sentimos que alguien nos mira, nos ven espionando, sentimos la conciencia del otro, de su presencia, y no del otro como una mera cosa más sino como sujeto, como alguien del que se puede esperar una conducta que nos pueda comprometer y a la vez somos conscientes de nosotros mismos.

Es quizá la mirada la primera manifestación de la seducción, entra al cuerpo del otro subrepticamente ya que no conoce ley y transgrede reglas, convenciones, prohibiciones. Complejo programa que un sujeto deseante confecciona, “porque la seducción como concepto es sólo una disculpa que justifica o pretende explicar cualquier cosa”² (p. 1). El seductor consigue que la invitación prospere, ya que un sujeto potencialmente seducido depende, en última instancia, de la voluntad de aventura que tenga. Un mapa, previamente imaginado por el seductor, sólo podrá ser trazado al final de la pérdida. “Complicidad que desencadena encuentros improbables y redes subterráneas presentes e invisibles en cualquier sociedad, suscitan miradas de fantasmas que se levantan en cada mente”³ (p. 45). La mirada causa una inusitada fascinación, ya que implica un desafío. Aquí cabe parafrasear un soneto de Sor Juana Inés de la Cruz: Qué importa que mi alma no pueda tenerte, si te labra prisión mi fantasía (Fernández, 1982). Más que razón, es sensación, es un contrasentido; seducir o dejarse llevar por la pasión de ser seducido; el agua borra lo que dicta el fuego. Difícil refutar el postulado aristotélico que todo lo que hay en la mente ha pasado por los sentidos. El sujeto seducido es prisionero, voluntaria o involuntariamente de su seductor centinela. Ese es el colmo de la seducción: no tenerla. El hombre seducido es atrapado a pesar de él en la red de signos que se pierden. Porque el signo es desviado de su sentido, porque es “seducido”... Cuando los signos son seducidos se vuelven seductores:

¹ Sanabria, 2008, p. 168.

² Reyes, R. (2005). De la seducción. Fragmento (1). *Nómadas* (11), 1-4.

³ Morin, E. (2003). *El método; la humanidad de la humanidad*. Madrid: Cátedra.

La seducción de los ojos. La más inmediata, la más pura. La que prescinde de palabras, sólo las miradas se enredan en una especie de duelo, de enlazamiento inmediato, a espaldas de los demás, y de su discurso: encanto discreto de un orgasmo inmóvil y silencioso. Caída de intensidad cuando la tensión deliciosa de las miradas luego se rompe con palabras o con gestos amorosos. Tactilidad de las miradas en la que se resume toda la sustancia virtual de los cuerpos (¿de su deseo?) en un instante sutil, como en una ocurrencia –duelo voluptuoso y sensual y desencarnado al mismo tiempo– diseño perfecto del vértigo de la seducción, y que ninguna voluptuosidad más carnal igualará en lo sucesivo. Esos ojos son accidentales, pero es como si estuvieran posados desde siempre en usted. Privados de sentido, no son miradas que se intercambian... signos puros, intemporales... Todo sistema que se absorbe en una complicidad total, de tal modo que los signos ya no tienen sentido, ejerce por eso mismo un poder de fascinación extraordinario (Baudrillard, 2001, p. 75).

La idea de la mirada aparece predominantemente en la obra del filósofo Jean-Paul Sartre como algo que el sujeto experimenta en forma pasiva, mientras que el voyeurismo y lo que Lacan denomina “pulsión escópica” colocan a ésta en el campo de la acción. En el juego especular que Lacan plantea no se puede omitir al sujeto en la acción de mirar mirándose: en el espejo uno mira y es mirado. Captación del deseo humano en el deseo del otro a través de la mirada. Más allá de la mirada está el deseo que la sostiene y la fundamenta. Todo gira alrededor de la mirada, es presencia invasora, objeto persecutorio por excelencia y es en ella en la que debe hallarse la clave, no sólo del crimen, sino de la psicosis en general. “La horrenda visión de la masacre ofrecida a los ojos es un espectáculo que no deja de provocar el movimiento de apartar la vista; de arrancar la mirada de él⁴” (p. 102). La mirada evidencia el espectáculo del deseo.

En la historia del ojo de Bataille (Assandri, 2007), se pone de manifiesto la relación fantasmática y ambivalente con el ojo y con la mirada. El ojo que define el mismo autor según el diccionario crítico como golosina caníbal, es percibido como amenazante y angustiante, tanto que en la historia del ojo se cuenta que incluso muerta Marcela su mirada no se acaba, no cede en su persistencia a mirar, ni por la meada con la que Simona pretendía apagarla, y así, continúa mirando, incluso desde la amenaza paranoica de perder la vida y que, aún muerto el ojo, pareciera que sigue viviendo, éste es retirado de su órbita e incluido en actividades eróticas perversas, en las cuales, como dijera Bataille (en Assandri, 2007), pareciera ser que se trata de un falisismo redondeado, como en el perro andaluz, el ojo es cortado porque el espectador no tolera lo agudo de la mirada. “Marcela miraba el espectáculo con fijeza: se había puesto de color carmesí. Entonces me dijo, sin siquiera mirarme, que quería quitarse el vestido”⁵ (p. 14). Lo mismo que la mirada que se constituye ahora como seductora y después como amenazante y persecutoria, determina esta forma de percibir el mirar del ojo (Nasio, 1992). Dicho de otra manera, el yo no percibe cualquier imagen, percibe sólo aquellas en las que el yo se reconoce, es decir, imágenes pregnantes, que son distintas

⁴ España, P. & Alquicira, M. (2001). *Tres grandes sueños de pasión, locura y seducción. Una visión psicoanalítica*. México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.

⁵ Bataille, G. (1994). *La historia del ojo*. México: Coyoacán.

de otros estímulos, que son ordinariamente visibles. Porque éstas tienen un sentido que desde el punto de vista psicoanalítico es un sentido sexual.

Es importante cuestionarse “cómo es mirado uno”, por ejemplo el bebé es mirado, pero él aún no mira, no se mira, es objeto de la mirada, es mirado, dado que aún no tiene constituida su imagen especular. Lo fundamental que ese otro tiene, en tanto mirada que dirige a ese niño, que no es cualquiera sino su hijo.

La mirada de la madre le da la posibilidad a ese hijo de acceder a la captura imaginaria de la mirada del otro, para verse a sí mismo y tener así una imagen especular, mirada como formadora del yo, de identificaciones. Y es por medio de la mirada del otro que el deseo puede sostenerse; por lo tanto, la mirada es sostén del deseo (Macías, 2006, p. 110).

La “mirada” como concepto se encuentra emparentada con otro concepto en psicoanálisis; el “objeto materno”. La mirada y el objeto se encuentran cohesionados. El concepto de la “mirada” se puede rastrear en el pensamiento freudiano, siguiendo las ideas relativas a la fase del narcisismo primario. Este concepto, ampliamente estudiado por Sigmund Freud en 1911, aparece definido en la obra de Laplanche y Pontalis (1996) como: aquel que designa un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo (la *catexis* es la energía que ponemos en los objetos y muestra la cantidad y forma de afecto con el que libidinizamos los objetos: humanos o materiales con los que nos identificamos). Para Freud, el narcisismo primario designa, de un modo general, el primer narcisismo, el del niño que se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores. Tal estado corresponde a la creencia del niño en la omnipotencia de sus pensamientos. En el narcisismo primario no existe una unidad comparable al yo, éste sólo se desarrolla de modo progresivo. El primer modo de satisfacción de la libido sería el autoerotismo, es decir, el placer que un órgano obtiene de sí mismo; las pulsiones parciales buscan satisfacerse en el propio cuerpo. En 1914 Freud pone el acento en la posición de los padres en la constitución del narcisismo primario. Señala que el amor parental (hacia su hijo), no es más que una resurrección del narcisismo de los padres; se produce una “reviviscencia”, una “reproducción” del narcisismo de los padres, quienes atribuyen al niño todas las perfecciones, proyectan en él todos los sueños a los cuales ellos mismos hubieron de renunciar. Su majestad el bebé realizará los sueños de deseo que los padres no realizaron, asegurando de este modo la inmortalidad del yo de los padres. El narcisismo primario representa un espacio de omnipotencia que se crea en la confluencia del narcisismo naciente del niño y el narcisismo renaciente de los padres. En este espacio se vienen a inscribir las imágenes y las palabras de los padres a manera de votos, que pronuncian lo bueno y lo malo que acaecerá sobre el bebé.

Pero antes de que se dé esta transmisión inconsciente del deseo, debemos considerar el “propio” deseo inconsciente de los padres, y principalmente el de la madre. ¿Cómo se ha constituido ese inconsciente materno?, ¿cómo se constituyó el inconsciente de ambos padres?, y entonces ¿qué es lo inconsciente que heredamos

de nuestros padres? Las ideas psicoanalíticas apuntan a pensar al objeto materno como determinante, en primera instancia, de la estructuración narcisista primaria en el deseo del niño(a). Jean Lacan (1975) introduce el concepto de “Estadio del espejo” para designar esta fase del desarrollo psíquico infantil junto con el “otro” materno en el desarrollo psíquico, que Lacan define como objeto “a”. La fase del estadio del espejo tiene como función el reflejo (“la mirada”) del otro materno, en la constitución primordial del yo del sujeto en formación, de su identidad. En este tiempo el bebé se identifica con la imagen (creada desde la mirada) que el otro materno le proporciona. En esta identificación primaria hay una trampa, puesto que el bebé se identifica (desde la mirada) con algo que no es. Cree ser lo que el espejo (la mirada) le refleja, se identifica con un imaginario que crea el otro. La pregunta que cabe aquí sería: ¿qué soy, o qué debo ser para el otro? La teoría lacaniana asegura que por el solo hecho de vivir con otros hombres, los seres humanos quedamos atrapados irreversiblemente en un juego de identificaciones que nos impulsa a repetir aquella relación con la *imago anticipatorio*. Cuando una mujer le dice a un hijo “eres el niño más lindo del mundo”, está introduciéndolo en esta dialéctica de la que no podrá escapar jamás. Las imágenes especulares inconscientes (de la mirada), las ilusiones narcisistas forjadas en el estadio del espejo, tiñen definitivamente lo que sucederá en la vida futura del niño y su deseo.

LA SEDUCCIÓN; INMANENCIA ETÉREA

La seducción es el destino
Jean Baudrillard

Un destino indeleble recae sobre la seducción... Es el artificio del mundo. Según Baudrillard (2001), esta maldición ha permanecido a través de la moral y la filosofía, hoy a través del psicoanálisis y la liberación del deseo. La seducción nunca es del orden de la naturaleza, sino del artificio, nunca del orden de la energía, sino del signo y del ritual. Por ello todos los grandes sistemas de producción y de interpretación no han cesado de excluirla del campo conceptual... es una magia negra de desviación de todas las verdades, una conjuración de signos. Todo discurso está amenazado por esta repentina reversibilidad o absorción en sus propios signos, sin rastro de sentido. Por eso todas las disciplinas, que tienen por axioma la coherencia y la finalidad de su discurso, no pueden sino conjurarla. “El deseo no se sostiene tampoco más que con la carencia. Cuando se agota en la demanda, cuando opera sin restricción, se queda sin realidad al quedarse sin imaginario, está en todos lados, pero en una simulación generalizada” (p. 13)⁶. La seducción siempre incierta, intuitiva.

Para otros autores, seducir es fragilizar, seducir es desfallecer. El seductor se apodera de la fragilidad del otro para fortalecerse a sí mismo. Por eso Jean Baudrillard concibe la seducción como estética de la desaparición y el exterminio. Todo seductor

⁶ Baudrillard, 2001, p. 13.

es un estratega y, como tal, planea cuidadosamente sus conquistas. Así pues, era una suerte de alquimista, brujo o hechicero que cautivaba con sus artes de ilusionista.

La seducción es en sí misma un duelo, un reto, un desafío, con sus códigos de honor y sus sofisticadas reglas. Orden casi litúrgico del desafío y del duelo múltiple. Y ese desafío al otro no tiene otro límite que el de la muerte (España & Alquicira, 2001, p. 172).

Podría ser la seducción una intensa construcción de deseo letal, develado en la mirada.

En la modernidad, con el surgimiento de la estructura del comportamiento y la Fenomenología de la percepción, destaca Merleau-Ponty quien demuestra que la percepción no es el resultado casual de las sensaciones “atómicas”. La percepción tiene una dimensión activa, en la medida en la que representa una apertura primordial al mundo de la vida. Su propuesta de la reflejabilidad, de lo sensible, del espejo, sostiene que la sensibilidad visual se construye desde la autoconciencia corpórea, la imagen que pretende traducir la experiencia sensorial y apelar a la sensibilidad del destinatario. De repente no hay imagen más que la que se construye, un acto de autoconstrucción o autoconciencia que, según Jacques Lacan, creador del concepto de “estadio del espejo”, permite identificarnos con una representación, como búsqueda constante, proceso formador de la función del yo (Cordero, 1998). Así, seducimos y somos seducidos.

Regresando a Baudrillard (2001), hay una alternativa al sexo y al poder que el psicoanálisis no puede conocer porque su axiomática es sexual, y es duda, ésta es la fuerza de la seducción. “La seducción representa el dominio del universo simbólico, mientras que el poder representa sólo el dominio del universo real” (p. 15)⁷. La seducción es más poderosa, más inteligente, lo es de forma espontánea, con una evidencia fulgurante porque no tiene que demostrarse, está inmediatamente ahí, en la inversión de toda pretendida profundidad de la realidad, de toda psicología, de toda anatomía, de toda verdad, de todo poder. De tal modo que es fascinación perdida cuando transluce el sexo real, en el que desde luego otro deseo puede sacar provecho, pero precisamente no en la perfección, que no puede ser otra que la del artificio. La seducción es siempre más singular y más sublime que el sexo, y es a ella a la que atribuimos el máximo precio, los signos constituyen el secreto de cualquier seducción (p. 20)⁸.

Este autor, al referirse a Vincent Descombes: Es seductor ser seducido, en consecuencia es el ser-seducido lo que es seductor. En otros términos, la persona seductora es aquella donde el ser seducido se encuentra a sí mismo. La persona seducida encuentra en la otra lo que la seduce, el único objeto de su fascinación, a saber su propio ser lleno de encanto y seducción, la imagen amable de sí mismo (va más allá de la idea narcisista de la seducción). Seducir es morir como realidad y producirse como ilusión

⁷ Baudrillard, J. (2001). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.

⁸ Baudrillard, 2001, p. 20.

(p. 69)⁹. Ya que la estrategia de la seducción es la de la ilusión, acecha a todo lo que tiende a confundirse con su propia realidad, esa es su fabulosa potencia. Pues si la producción sólo sabe producir objetos, signos reales, y obtiene de ello algún poder, la seducción no produce más que ilusión y obtiene de ella todos los poderes, entre los que se encuentra el de redimir la producción y la realidad a su ilusión fundamental. El deseo no arrastra más que pulsión y goce, pero el hechizo empieza más allá, consiste en dejarse atrapar por su propio deseo, esta es la ilusión que afortunadamente nos salva de la realidad psíquica. Asimismo, asevera que el psicoanálisis cree tratar las enfermedades del deseo y del sexo, pero en realidad trata las enfermedades de la seducción (que ha contribuido no poco a colocar fuera de la seducción y a encerrar en el dilema del sexo).

El déficit más grave está siempre en lo que se refiere al duende, no al goce, en lo que se refiere al hechizo, no a la satisfacción vital o sexual, en lo que se refiere a la regla (del juego) y no a la ley (simbólica). La única castración es la de la privación de seducción (Braudillard, 2001, p. 115).

De tal suerte que la seducción implica, secreto, desafío, miedo, complicidad, apariencias, pasión y lo inefable.

Por otra parte, el término *Seducción* aparece en la literatura freudiana desde varias perspectivas. Para el interés de nuestro trabajo seguimos dos caminos en la indagación del concepto: El primero nos lleva a la construcción de los descubrimientos relativos a las “Fantasías Originarias”. En estas fantasías la seducción es una de las cuatro formas de fantasía inconsciente, de carácter originario, que son universales y cuya presencia en el psiquismo del individuo ejercerá una influencia peculiar (la de la propia fantasía) en su deseo ya sea consciente o inconsciente. Las fantasías originarias descritas por Sigmund Freud se plantean como Estructuras fantaseadas típicas (vida intrauterina, escena originaria, castración y seducción) que el psicoanálisis reconoce como organizadoras de la vida de fantasía, cualesquiera que sean las experiencias individuales, y constituyen un patrimonio transmitido filogenéticamente.

El carácter común a las fantasías es que todas ellas se refieren a los orígenes, que como los mitos colectivos intentan aportar una representación y una “solución” a lo que para el niño aparece como un gran enigma; las fantasías originarias dramatizan como momento de emergencia, como origen de una historia, lo que se le aparece al sujeto como una realidad de tal naturaleza que exige una explicación, una “teoría”. En la “escena originaria” se representa el origen del sujeto; en las fantasías de “seducción”, el origen o surgimiento de la sexualidad; en las fantasías de “castración”, el origen de la diferencia de los sexos (Laplanche & Pontalis, 1996).

El segundo camino apunta a pensar la teoría de la seducción “vívida por los niños” en su primera infancia del desarrollo psíquico, y esto en función al desarrollo

⁹ *Ibidem*, p. 69.

de la neurosis histérica. Freud descubre en sus investigaciones con pacientes histéricas, que ellas referían sus síntomas a traumas ficticios de seducción, es decir, que fantasmaticaban las escenas de seducción, e inventaban el deseo de seducción de un otro adulto, padre, para con ellas. Freud entiende con ello que junto con la realidad práctica, se debía considerar también una realidad psíquica (fantasmaticada) de las pacientes. Freud descubre que estos fantasmas servían para disimular la actividad erótica de los primeros años de la infancia, para embellecerla y llevarla a un nivel más elevado. Entonces aparecía detrás de los fantasmas, en toda su amplitud, la vida sexual del niño.

Por otra parte, la seducción como verdadera cuestión de trauma, como verdadera escena de seducción efectivamente vividas por los niños, vendría simplificada a través de los cuidados que la madre proporciona al bebé durante su desarrollo. La descripción del lazo preedípico con la madre, especialmente en el caso de la niña, permite hablar de una verdadera seducción sexual por la madre, en forma de los cuidados corporales prestados al lactante, seducción real que sería el prototipo de los fantasmas ulteriores: Aquí el fantasma tiene su base en la realidad, puesto que es realmente la madre la que necesariamente ha provocado y quizás incluso despertado, en los órganos genitales, las primeras sensaciones de placer, al proporcionar al niño sus cuidados corporales (Laplanche & Pontalis, 1996).

Parece que la seducción es uno de los comportamientos que reviste especial relevancia, siendo una de las características que más llaman la atención en el caso de la histeria. Mas hay que recordar que no se le toma como un síntoma aislado, sino como un comportamiento determinado inconscientemente, ya que se encuentra en toda una constelación explicable en función a otros aspectos que a su vez son inconscientes desde el punto de vista psicoanalítico. Esta seducción, por parte del histérico, se acompaña de un comportamiento hiperfemenino o hipermasculino, revistiendo el detalle de su arreglo parte de éste, al punto que se habla de una máscara que no permite conocer al sujeto, sino que aporta hacia el exterior una imagen de perfección indiscutible para los demás, y de hecho así es; sucede que el histérico no quiere que los demás le conozcan tal cual es, porque tampoco quiere conocerse a sí mismo, sino a través de la mirada y ad-miración del otro y en el fondo de lo que esto nos habla es de que no quiere saber nada de su deseo, porque no lo conoce, y busca encontrarlo a través del deseo del otro (Dor, 1986), no siendo capaz, salvo pocas ocasiones, de llegar al placer sexual esperado, que en realidad no busca, porque requiere solamente del reconocimiento de que existe como hombre o como mujer, pues paradójicamente a lo que pueda esperarse en función de su presencia, en la histeria se encuentran dificultades en la identificación sexual, siendo la diferencia algo que lo aterroriza porque lo remite a la castración (Nasio, 1991). Por esto, es que se puede observar la tendencia del histérico de preguntar al otro por su deseo, para conocer algo del propio, a través del otro.

De allí la estrategia histérica de desear de modo de hacérselo desear al otro (Dor, 1986), a fin de no llegar al conocimiento del propio, para no tener que asumirlo, para

no tener que responsabilizarse sobre él, pero sobre todo para permanecer eternamente insatisfecho, para no acceder al goce (Israel, 1979), ni siquiera al placer –preámbulo de éste desde su perspectiva psíquica–, pues implicaría una desintegración, peligro al que rehúye como a la muerte misma. En lo dicho puede resaltarse entonces la participación de la mirada y la seducción, la mirada del otro sobre el histérico es fundamental para reafirmarse, siendo la seducción una estrategia para lograr dicha confirmación. También es conveniente señalar que el histérico lo erotiza todo (Nasio, 1991); el lenguaje, la mímica, las situaciones, no siendo capaz de reconocer la connotación sexual de ello, porque existe una disociación que de inicio lo llevó a erotizar todo el cuerpo, a excepción del área genital, de allí que podamos explicar la ausencia casi constante de satisfacción en las relaciones sexuales y lo exuberante y frecuente de su comportamiento de seducción.

La necesidad que exhibe de la mirada de los otros sobre sí también puede confirmarse en el hecho de que crea escenas (Mayer, 1990), en las que el sujeto histérico es siempre el centro de atención, buscando también el reconocimiento sobre sí, sea como víctima, como héroe, o simplemente como la persona más entretenida del grupo, observando detenidamente las reacciones que los demás tienen hacia él, amoldando inconscientemente la situación para lograr sus fines, lo que se asocia evidentemente con el convencimiento a otros sin el empleo de la violencia que de alguna forma significa también seducción. Necesidad de ocultarse por medio de la máscara, comportamiento “hiper”, dificultades identificatorias, creación de escenas, no reconocimiento del propio deseo, eterna insatisfacción, resultan ser definitorias de la histeria, pero estructuralmente habría que rastrear qué fue lo que la definió como tal.

La mirada no es depositada en los objetos sino para ejercer vigilancia sobre éstos, para que no salgan del control que requiere ejercer sobre cualquier detalle de su vida, como buscando cualquier pretexto para proporcionar alivio al inconsciente mediante la descarga de sus pulsiones agresivas. El obsesivo es incapaz de serle infiel a la madre, por lo que como defensa ante el goce elige objetos imposibles, tales como metas inalcanzables o personas que tienen compromisos previos o bien que resultan ser ante sus ojos menos que nada, intentando una especie de seducción como un esbozo para evitar tanto la culpa que le generaría la infidelidad hacia la madre, como la posibilidad de acceder al goce.

REFLEXIONES FINALES

*No es la imagen el objeto de la prohibición divina,
sino la semejanza que toda imagen inaugura*
Edmond Jabés

Es acaso el poder paradójico de la seducción lo que fascina, son deseos encontrados que se complementan en las subjetividades construidas a su libre fantasía, es

la mirada seductora que busca un cuerpo donde posarse, ese objeto llamado cuerpo, donde según Marín (2002), en el objeto, nuestra percepción reconoce el reflejo de las creencias compartidas y también de nuestra biografía, de los paradigmas mediante los cuales sabemos por qué los objetos son lo que aparentan ser. Es así que los objetos adquieren una dimensión: dejan de ser una definición para convertirse en objetos vivos, en cómplices de proyectos y la memoria de eventos significativos; son capaces de sorprender a los más animados intérpretes de lo simbólico y confundir a los diligentes estudiosos de los límites establecidos para la función de las cosas y la capacidad humana (Marín, 2002). Es acaso un universo onírico que no puede estudiarse mediante la lógica y el raciocinio disciplinar.

Si se quisiera encontrar la génesis de la seducción, que entre otras de sus manifestaciones gestuales se encuentra la mirada, habría entonces que recordar al personaje mitológico Hermes, semidiós que llevaba y traía datos confidenciales entre dioses y humanos, pero los tergiversaba para lograr sus fines a través de disfraces, artificios y argucias beneficiándose así de la seducción, la ficción y el engaño.

O bien, cabe recordar que: Venimos de una escena en la que no estábamos. El hombre es aquel a quien le falta una imagen. Aunque cierre los ojos y sueñe de noche, aunque los abra y observe atentamente las cosas reales a la luz resplandeciente del sol, aunque su mirada se aleje y se extravíe, o vuelva sus ojos al libro que tiene entre las manos, aunque espíe una película sentado en la obscuridad o se quede absorto contemplando un cuadro, el hombre es una mirada deseante que busca otra imagen detrás de todo lo que ve. “La fascinación es la percepción del ángulo muerto del lenguaje. Por eso la mirada es siempre oblicua”¹⁰ (p. 8).

Así, el yo siempre ha deseado ser mirado, tanto su rostro como su cuerpo –impecablemente revestido– para ser apreciado y respetado, tanto por sus deseos como por sus seducciones. Es acaso una permuta de juegos simbólicos. Es así como la seducción como elemento importante en el proceso comunicativo adquiere más valor. Sin embargo y por lo antes mencionado, no sólo la mirada seduce, también las palabras, los mensajes textuales, la voz. Para Grijelmo (2007), el espacio verdadero de las palabras, el que contiene su capacidad de seducción, se desarrolla en los lugares más espirituales, etéreos y livianos del ser humano. “El espacio de las palabras no se puede medir porque atesoran significados a menudo ocultos para el intelecto humano; sentidos que, sin embargo, quedan al alcance del conocimiento inconsciente”¹¹ (p. 14). De tal modo que la palabra puede cautivar mucho más que solo las actitudes.

Es así como en la seducción va implícita la persuasión, ya que según Stevenson¹² el sujeto se deja llevar por esa convicción cognitiva y pasional que es producto del hacer persuasivo. La persuasión es un método no racional, en el sentido de que sus

¹⁰ Quignard, P. (2006). *El sexo y el espanto*. Barcelona: Minúscula.

¹¹ Grijelmo, Á. (2007). *La seducción de las palabras*. Madrid: Punto de lectura.

¹² En Luna Reyes, A. (2005). Ilusión, seducción, persuasión. En *Tópicos del seminario de la Benemérita Universidad de Puebla*, (14), 87-109.

razones son enunciados que expresan creencias, se basa en un impacto emocional directo de las palabras, el significado emotivo, la metáfora oportuna, el tono de voz... El filósofo Sören Kierkegaard (2000) en su libro: *Diario de un seductor*, narra cómo la seducida Cordelia se ve presa de su seductor demonio: ella le perdona, es cierto, de todo corazón, pero no puede hallar paz, porque ha despertado en ella la duda; ella fue la que ocasionó su propia infelicidad, porque su orgullo tenía necesidad de algo insólito:

Viene después el arrepentimiento, pero ni así encuentra paz, porque en el mismo instante una voz en la conciencia le dice que la culpa no fue de ella, fue él quien astutamente gobernó su alma. Surge entonces el odio, y su corazón, maldiciendo se siente más aliviado; pero no reconquista aún la paz, porque siente resurgir en su conciencia nuevas censuras. Se censura porque lo odia, se censura porque se siente culpable de haber sido engañada. Fue en verdad, una grave cosa el que él la engañara, pero más grave aún el haberla despertado estéticamente, a tal punto que ella no puede con ánimo tranquilo prestar oídos por mucho tiempo a una sola voz, tiene que escuchar simultáneamente varios pensamientos. Cuando los recuerdos despiertan en su alma, ella olvida pecados y culpas, revive los momentos felices y se deja embriagar por una exaltación fuera de lo natural (Kierkegaard, 2000, p. 13).

De tal forma que entre seductor y seducido se “desprecia la fidelidad; el arrepentimiento vendrá después” (p. 14)¹³, y además se suscitan relaciones de poder bien específicas que se han incorporado en los cuerpos, en los gestos, en los comportamientos de los individuos de una sociedad, como se aprecia en el texto anterior, cargado de culpas, arrepentimientos y censuras por estar erotizados. Sin embargo, se reprimen los procesos libidinales por la dominación y adiestramiento de los instintos sexuales, así como un proceso de penalización social, de culpa o, en términos de Foucault (2001), de “tecnología del pecado”, del goce reprimido del cuerpo.

La seducción, como otras tantas construcciones culturales, va al encuentro de la mirada como una de sus preferentes expresiones, y que sólo pensar en la escena de verse en un acto de seducción es apetecible, ya que según Serrano (2008) se promulga y legaliza un orden simbólico que hace *vivable* la existencia de los miembros de una sociedad. Pero en su acontecer, de lo que más se ha apropiado un grupo social es de sus imágenes, ya como figuras o *figuraciones*, ya como numerosas formas en lo general: igual mentales que exteriorizadas, lo mismo concretas que abstractas, las que colectivamente confluyen en imaginarios (los imaginarios suelen definirse como expresiones subjetivas de la autoconcepción grupal) y que se basan en sistemas de identificaciones que los validan, ya como seductores o como seducidos, ya como mirados o admirados, ya como actores o como espectadores. De esta manera, mirar, actuar, “comportarse”, identificarse o valorar socialmente tienen su sitio en dichos imaginarios, los que están en permanente proceso de conformación y cambio

¹³ Kierkegaard, S. (2000). *Diario de un seductor*. México: Fontamara.

y en particular, las transformaciones experimentadas a partir de las tecnologías de la óptica, así como en la química de los procesos fisiológicos. De ahí que también los imaginarios constituyan una especie de puente entre lo subjetivo y lo social, dentro de un intrincado conjunto de simbolizaciones y actuaciones. Así, el tipo de mirada, los gustos, la formulación de lo estéticamente “correcto” y la representación de todo este entorno sociocultural, lo mismo en las manifestaciones artísticas, que en el campo de la psicología, que en el de la biología, la física o la óptica u otras disciplinas y en todos los tipos de percepción sensorial de los seres humanos.

De ahí que la mirada de un sujeto pueda ser entendida como un punto de fuga y también de contacto entre las figuraciones interiores del imaginario colectivo y las diferentes maneras en que son exteriorizadas, plasmadas y manifestadas ante los demás. Se trata, pues, de un flujo de ida y vuelta respecto a las sensaciones y construcciones subjetivas entre la persona observada y lo que él mira, en tanto aparece un tercero que ve e inevitablemente interpreta toda la escena. Es así como este autor distingue entre la mirada, dependiendo de su identidad sexual, su estatus socioeconómico y el contexto histórico al que se pertenece y que las convenciones y los valores sociales han moldeado la elaboración y recepción de las miradas, por lo que él afirma que a cada tipo específico de sociedad ha correspondido un tipo de mirada, ella constituye una expresión tanto de la concepción estética generacional, así como de la percepción particular sobre los fenómenos plásticos y las representaciones artísticas de su tiempo.

Sin embargo, ya estética, ya obscena, es así como de la mirada y la seducción se es actor, espectador o cómplice...

REFERENCIAS

- Assandri, J. (2007). *Ente Bataille y Lacan. Ensayo sobre el ojo golosina caníbal*: Buenos Aires: Literales.
- Bataille, G. (1994). *La historia del ojo*. México: Coyoacán.
- Baudrillard, J. (2001). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
- Bleichmar, H. (1985). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Helguero Editores.
- Cordero Reiman, K. (1998). Síntomas culturales. De la levedad del ser y del espejo. En *El cuerpo aludido*. (pp. 89-109). México: Museo Nacional de Arte/Consejo Nacional de Cultura/Instituto Nacional de Bellas Artes.
- De Mijolla, A. & De Mijolla-Mellor, S. (2003). *Fundamentos del Psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.
- Dor, J. (1986). *Estructura y Perversiones*. Buenos Aires: Paidós.
- Döring, Ma. T. (2004). *Teoría de la Seducción*. México: Instituto Politécnico Nacional.
- España, P. & Alquicira, M. (2001). *Tres grandes sueños de pasión, locura y seducción. Una visión psicoanalítica*. México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.
- Fernández, S. (Comp.) (1982). *Sor Juana Inés de la Cruz. Antología general*. México: SEP-UNAM.
- Foucault, M. (2001). *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (2007). *Obras Completas*. Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.

- Grijelmo, A. (2007). *La seducción de las palabras*. Madrid: Punto de lectura.
- Israel, L. (1979). *El Goce de la Histérica*. Buenos Aires: Paidós.
- Jabés, E. (1998). *El libro de las semejanzas*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Kierkegaard, S. (2000). *Diario de un seductor*. México: Fontamara.
- Lacan, J. (1975). *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. México: Labor.
- Luna Reyes, A. (2005). Ilusión, seducción, persuasión. *Tópicos del Seminario*, (14), 87-109.
- Macías, M. A. (2006). *Experiencias psicoanalíticas y acompañamiento terapéutico*. México: Plaza y Valdés.
- Marín, F. (2002). *Contribuciones para una antropología del diseño*. Barcelona: Gedisa.
- Mayer, H. (1990). *Histeria*. México: Paidós.
- Morin, E. (2003). *El método; la humanidad de la humanidad*. Madrid: Cátedra.
- Nasio, J. D. (1991). *El Dolor de la Histeria*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. D. (1992). *La mirada en psicoanálisis*. México: Gedisa.
- Quignard, P. (2006). *El sexo y el espanto*. Barcelona: Minúscula.
- Reyes, R. (2005). De la seducción. Fragmento (1). *Nómadas*, (14), 1-4.
- Sanabria, C. (2008). La mirada voyeur: construcción y fenomenología. *Revista de Ciencias Sociales*, 1 (119), 163-172.
- Sartre, J-P. (1998). *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*. Buenos Aires: Losada.
- Serrano, H. (2008). *Miradas fotográficas en el México decimonónico. Las simbolizaciones de género*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura-Universidad Autónoma del Estado de México.
- Trueba, J. L. (2008). *Historia de la sexualidad en México*. México: Grijalbo.